

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 8, 5-8.14-17): *Felipe les predicaba a Cristo.*

Salmo (65, 1b-3a.4-7a.16-20): *«Aclamad al Señor, tierra entera»*

2ª lectura (1ª de Pedro 3, 15-18): *Es mejor sufrir haciendo el bien.*

Evangelio (Juan 14, 15-21): *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.*

El evangelio de este domingo nos quiere preparar para la celebración de la fiesta que celebraremos el próximo domingo. La Ascensión no es ausencia de Jesús. Por eso, en sus palabras, insiste en que no nos va a dejar solos, pues Él mismo va a pedir a Dios que nos mande al Espíritu Santo para que esté siempre con nosotros. Jesús no se desentendiende de los hombres, nunca lo ha hecho y tampoco ahora al término de su etapa en la tierra.

Las antiguas Escrituras habían dicho que el Mesías sería el **«Dios con nosotros»**. Esa profecía de Isaías se cumplió en Jesús de Nazaret. Ahora el Señor resucitado, antes de la Ascensión, dice a los suyos que el Espíritu santo será el Defensor que estará **«siempre con vosotros»**.

La presencia permanente de Dios en nuestra vida conjura toda orfandad. La soledad es una de las experiencias más difíciles que puede vivir un ser humano. Sentirse solo, sin nadie que te quiera, que te comprenda, que te escuche... Los discípulos con Jesús nunca vivirían estos sentimientos, porque Jesús es todo lo contrario: el que escucha, acoge, ama. La falta de alguien tan especial en tu vida podría provocar un derrumbe anímico. Por eso Jesús lo dice claro en el evangelio de hoy: no os dejaré huérfanos. Es verdad que en esta hora de la historia que nos ha tocado en gracia vivir no contamos con la presencia física del Señor, pero sí sigue con nosotros, en su Espíritu, porque como dice Jesús, Él **«sigue viviendo»**.

Siempre en Adviento confesamos que el Señor volverá. Hoy Jesús nos habla de que volverá, que regresará. Sí, también en este tiempo pascual expresamos nuestra fe en esa venida definitiva del Señor. Y también expresamos la fe en la venida cotidiana del Señor y nos tenemos que comprometer en hacerle presente. Para ello hay unas frases de este evangelio que aún no hemos comentado. Aparecen al principio y al final del mismo y hablan del amor a Jesús. **«Si me amáis»** dice el Señor. Si me amáis seréis capaces de cumplir mis mandamientos. Y con el amor al Señor seremos capaces de muchas más cosas. Y amando al Señor Él nos amará, recibiremos su amor. Y amando a nuestros hermanos y sirviéndoles haremos presente hoy al Señor en nuestro mundo. Él sigue viviendo. Con nuestro amor y nuestra fe le haremos presente, tangible y quizás animaremos a otros a que crean en Él. Porque sigue vivo.

Obviamente, nadie se queja de que haya alegría y nadie se cansa de disfrutarla. Se dice que la gran búsqueda humana es la de la felicidad. Así que una ciudad en la que hay una gran alegría no está lejos de lograr ese objetivo. Pues bien, con esa sencilla sentencia califica el libro de los Hechos de los apóstoles la actividad evangelizadora de Felipe en Samaría.

No se nos dice mucho acerca del contenido de la predicación; solo se nos informa de que: *Felipe “predicaba allí a Cristo”*. Los habitantes de Samaría, a través de la predicación de Felipe, se encontraron con Cristo porque era a Él a quien Felipe predicaba. Y supieron, además, lo que significa encontrarse con Cristo por las señales que respaldaban la predicación. Encontrarse, a través de la predicación de Felipe, con Jesucristo y experimentar su fuerza sanadora en señales concretas de salvación era la causa de la alegría de aquella ciudad. Y esa alegría se ve colmada con el don del Espíritu que, con la oración y la imposición de manos de los apóstoles, desciende sobre aquella población samaritana y la vivifica.

Ciertamente, no todas nuestras reuniones eclesiales despiertan una gran alegría. Los grupos de oración, las sesiones de catequesis, los cursos bíblicos y de diversa índole, los clubes juveniles, las jornadas de movimientos familiares o conyugales, las instrucciones presacramentales, las reuniones del consejo parroquial, los encuentros diocesanos, las celebraciones sacramentales y la misma eucaristía dominical creo que tendrían que ser evaluados, al menos parcialmente, por este criterio: ¿despiertan alegría en la comunidad? Porque, si no hay alegría, quizás se deba a que hay un gran ausente: aquel a quien Felipe predicaba. Quizás nos falta una mayor actualización. Quizás necesitemos aprender mejores técnicas de predicación. Pero creo que la causa principal de que no nos hagamos escuchar es que muchas veces no predicamos a Cristo.

Tampoco nosotros nos hemos quedado desamparados. Jesús resucitado vuelve a nosotros y nos sale constantemente al encuentro en lo cotidiano de nuestras vidas y también en momentos de gracia excepcional. Él es nuestro primer “paráclito”, el primero que ha sido llamado a estar junto a nosotros, el que ruega por nosotros, el que permanece con nosotros; más aún, el que nos introduce a esa comunión de vida divina que nos resulta siempre imposible de acabar de comprender y de acabar de disfrutar: **«Yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado»**. No necesitamos muchas más palabras.